

El Sonido en las Sombras

La pregunta, mi pregunta, flotaba en la penumbra densa del sótano, pesada, sin respuesta, casi tan tangible como el frío que se había instalado entre Kurt y yo: "¿Qué esconde mi padre... o quién más lo sabe?". El aire olía a polvo antiguo, a hormigón y a ese miedo metálico que se te pega al paladar, un sabor acre que anticipaba revelaciones amargas. Cada segundo que pasaba, el silencio se hacía más profundo, más cargado, como si las propias paredes contuvieran la respiración, esperando el desenlace de nuestra osadía. La quietud era tan absoluta que podía oír el zumbido de mi propia sangre en los oídos, un rumor interno que se mezclaba con la tensión palpable del ambiente.

Mi corazón seguía martilleando un ritmo desbocado contra mis costillas, un eco de la traición que había descubierto en esos viejos planos, en la anotación casi invisible que delataba un conocimiento previo, una ocultación deliberada. La traición a la fachada, al orden que yo creía que regía mi vida y mi hogar, se sentía como una herida abierta. Mi padre, el hombre de los ángulos rectos y la lógica impecable, el que me había enseñado la precisión de la apicultura y la estrategia del ajedrez, era el arquitecto de una mentira monumental, un secreto enterrado bajo los cimientos de nuestra existencia, un secreto que ahora amenazaba con devorarme. La casa entera, mi

refugio, el lugar donde había crecido creyendo conocer cada rincón, cada sombra, se sentía ahora como un decorado inestable, a punto de desmoronarse y revelar los horrores que ocultaba bajo su piel de normalidad. ¿Cuántas otras verdades habrían sido sepultadas junto a ese "antiguo acceso mampostería"?

Mis ojos, y los de Kurt, estaban fijos en la junta de la trampilla. Ya no era la luz blanca, casi agresiva en su pureza, que habíamos visto cuando la abrimos por primera vez, esa que nos había cegado momentáneamente. Ahora era algo distinto, más sutil pero infinitamente más inquietante. Un fulgor contenido, sí, pero que parecía latir con una vida propia, un resplandor que se filtraba por la delgada línea de unión como si algo al otro lado estuviera activo. O alerta. Era más brillante de lo que recordaba haberla visto cerrada, una luminiscencia interna que sugería una consciencia, una respuesta a nuestra presencia, a nuestra intención. No era una simple luz olvidada; era una presencia que pulsaba con una energía desconocida, casi orgánica. Se sentía como si nos estuviera estudiando, evaluando.

—Sigue ahí —susurró Kurt, su voz apenas un soplo en la quietud opresiva, un sonido frágil que apenas lograba perforar la densa capa de silencio. Su rostro, a la escasa luz que se filtraba desde la escalera, era una máscara de tensión, sus ojos reflejando la misma mezcla de temor y fascinación que seguramente se dibujaba en los míos—. ¿Lo ves? Parece... diferente. Más... expectante.

Asentí, incapaz de articular palabra. La garganta se me había cerrado, convertida en un nudo de miedo y anticipación. Diferente era quedarse corto. Se sentía como si la propia trampilla nos observara, como si el mecanismo detrás de ella, esos engranajes cuyo sonido aún resonaba en mis pesadillas como el preludio de una revelación

terrible, estuviera al acecho, preparado. Recordé las palabras de Terry, las que Kurt me había transmitido sobre la luz, las sombras y las dimensiones ocultas, sobre cómo la ausencia de luz podía ser una puerta a otros planos. ¿Era esto a lo que se refería? ¿Una puerta a algo que desafiaba cualquier explicación lógica, a algo que mi mente, entrenada en la racionalidad de las colmenas y los tableros de ajedrez, se negaba a aceptar pero que mi instinto gritaba que era real?

El sótano parecía haber enfriado varios grados desde nuestra última incursión, o quizás era el hielo que se extendía por mis venas el que me hacía percibirlo así. La normalidad ensayada que seguramente reinaba en la cocina, con mis padres y el desayuno -si es que aún estaban allí, si es que no habían sido engullidos por algún otro secreto de la casa-, se sentía a un millón de kilómetros de esta cripta de secretos, de este mausoleo de verdades enterradas. A pesar del terror que me atenazaba las entrañas, un terror que me gritaba que huyera, que subiera corriendo las escaleras y no mirara atrás, una parte de mí, esa que había afirmado con una convicción recién descubierta que no podría estar tranquilo hasta saber qué era aquello, me impulsaba hacia adelante. Un paso, luego otro, mis pies moviéndose como si tuvieran voluntad propia, arrastrados por una curiosidad más fuerte que el miedo. Kurt se movió conmigo, una solidaridad tácita en medio del pánico, su presencia un ancla precaria en la tormenta de mis emociones. Estábamos a punto de tocar las manijas, de enfrentarnos a ese brillo expectante, de cruzar un umbral del que quizás no habría retorno.

II. El Eco Repentino

Justo cuando mis dedos, fríos y temblorosos como hojas en invierno, rozaban la superficie metálica y helada de una de las manijas ocultas en el hueco

de la pared, justo cuando la curiosidad malsana y el miedo cervical luchaban su última batalla en mi interior, paralizándome en el umbral de lo desconocido; justo cuando estaba a punto de ceder al impulso de girar, de saber, un sonido restalló desde el piso de arriba. Un sonido que desgarró el aire y mis nervios.

No fue un crujido habitual de la casa acomodándose, esos quejidos familiares de la madera vieja que siempre había ignorado. No fue tampoco el murmullo distante de la televisión o una conversación amortiguada por los techos. Fue un golpe seco, contundente, brutal, seguido casi de inmediato por un estruendo de algo pesado, algo grande, impactando contra el suelo de madera con una violencia que hizo vibrar el mismísimo suelo del sótano bajo nuestros pies. Un eco brutal que rompió el silencio perfecto del sótano, que había sido tan denso momentos antes, y nos hizo dar un respingo, como si nos hubieran aplicado una descarga eléctrica directamente al corazón.

Kurt y yo nos quedamos petrificados, la sangre helada en las venas, convertidos en estatuas de puro terror. El fulgor de la trampilla, el misterio ancestral que contenía, la pregunta sobre mi padre y sus secretos, todo se desvaneció de nuestra conciencia inmediata, eclipsado por la urgencia de este nuevo estruendo, tan real, tan alarmantemente físico, tan cercano. Mi corazón, que ya latía con fuerza, se desbocó, bombeando una oleada de adrenalina que me dejó sin aliento y con un sabor metálico en la boca, el mismo que había sentido al contemplar la trampilla. El sonido había venido de arriba, inequívocamente. De dentro de mi casa. De los pisos donde, se suponía, reinaba la normalidad.

Un escalofrío recorrió mi espalda, erizando cada vello de mi nuca. La coincidencia era demasiado precisa, demasiado conveniente, casi como si una

mano invisible estuviera moviendo los hilos. Justo cuando íbamos a desvelar un secreto, justo cuando estábamos a punto de profanar el sanctasanctórum de mi padre, otro ruido, otra amenaza, surgía para desviarnos, para protegernos o para protegerlo. Era como si la casa misma, o alguna fuerza invisible que la protegía y que ahora sabía profanada, estuviera jugando con nosotros, moviendo las piezas en un tablero macabro para mantenernos alejados de la verdad, para asegurarse de que ciertos secretos permanecieran enterrados. La sensación de que la casa no era un simple edificio, sino una entidad consciente y malévola, se apoderó de mí con una fuerza aterradora.

III. Investigación Interrumpida

Nos miramos, los ojos desorbitados, buscando en el rostro del otro alguna explicación, alguna negación de lo que acabábamos de oír. El terror era un sabor amargo en la boca, una náusea fría que subía desde el estómago. El fulgor de la trampa seguía ahí, pulsando débilmente en la penumbra, pero ahora parecía lejano, casi irrelevante ante la inminencia de un peligro más tangible.

—¿Qué ha sido eso? —logró articular Kurt, su voz un susurro ahogado, apenas audible por encima del eco que aún reverberaba en el aire viciado del sótano. Sus ojos, normalmente curiosos, ahora estaban dilatados por el puro espanto.

Negué con la cabeza, la mente trabajando a toda velocidad, intentando procesar la nueva información, el nuevo terror. Arriba. Mis padres. ¿Estarían bien? Stacy no estaba en casa, eso lo sabía, se había ido temprano a casa de una amiga. Mis padres, cuando salí de mi cuarto para encontrarme con Kurt, calculaba que estarían en la cocina, en la planta baja, sumidos en su rutina matutina. Pero el ruido había sonado más arriba, quizás en el primer piso, donde estaban los

dormitorios. O en el salón, justo encima de nosotros. Un objeto grande. ¿Una estantería? ¿Alguien cayendo?

—No lo sé —respondí, mi voz apenas un hilo tembloroso, tan débil que dudé que Kurt me hubiera oído—. Pero ha sonado... fuerte. Muy fuerte. Como si algo grande se hubiera caído. O lo hubieran tirado.

Kurt, siempre más analítico incluso en momentos de pánico, frunció el ceño, sus engranajes mentales girando a pesar del miedo. —¿Un accidente? ¿O... algo más? ¿Crees que... que está relacionado con... esto? —Su mirada se desvió fugazmente hacia la trampilla antes de volver a la mía, cargada de una aprensión que compartía.

Recordé los "ruidos sin importancia" de los que hablaba Terry, esos que investigaba con tanta dedicación, buscando patrones en lo aparentemente aleatorio. Pero esto no era un tintineo de cuchara ni el roce de una lija contra la pared. Esto había sido violento, alarmante, un grito en la quietud de la casa. Y la coincidencia temporal era demasiado sospechosa.

La necesidad de proteger mi hogar, mi familia —a pesar de la sombra que ahora se cernía sobre mi padre, a pesar de la traición que sentía bullir en mi interior—, se impuso al terror que me inspiraba la trampilla y su contenido desconocido. Aquello, lo que fuera que se ocultara tras esa puerta brillante, podía esperar. Esto no. Si mis padres estaban en peligro, cada segundo contaba.

—Tenemos que subir —dije, mi voz ganando una pizca de firmeza que no sentía en absoluto, una autoridad impostada para combatir el temblor de mis piernas—. Ahora mismo.

Kurt asintió, aunque en sus ojos vi la misma duda que sentía yo, la misma reticencia a abandonar un misterio por otro potencialmente más peligroso.

¿Estábamos dejando atrás un enigma insondable para caer en una trampa más evidente, más brutal?

La decisión estaba tomada. La investigación de la trampilla quedaba, una vez más, en suspenso. Una tregua forzada, impuesta por circunstancias que escapaban a nuestro control. Sentí una punzada de frustración, estábamos tan cerca, a un simple giro de muñeca de la verdad. Pero, si he de ser sincero, una minúscula parte de mí, esa que se acobardaba ante lo desconocido, esa que aún anhelaba la normalidad perdida, respiró con un alivio casi imperceptible. El respiro, sin embargo, fue efímero, reemplazado casi al instante por un nuevo tipo de miedo: la amenaza ya no estaba confinada al sótano, a ese "antiguo acceso mampostería" que mi padre había intentado borrar de la historia. Ahora se había extendido al resto de la casa, a mi santuario, a los lugares donde se suponía que debía estar a salvo. La sensación de que la casa entera estaba construida sobre una mentira, sobre cimientos podridos de secretos, se hizo más opresiva, más real. Ya no era solo el sótano; era todo. Cada tabla del suelo, cada pared, cada sombra.

El misterio de la trampilla seguía ahí abajo, una pregunta silenciosa y brillante en la oscuridad, una promesa de futuras pesadillas, pero nuestra atención se había desviado bruscamente. Quizás este nuevo suceso no era completamente ajeno. Tal vez todo estaba conectado, como una red invisible de acontecimientos extraños que envolvía nuestra casa, nuestro pueblo, nuestras vidas. Una red cuyo centro parecía ser, cada vez con más certeza, mi propio padre.

IV. Ascenso a la Incertidumbre

Subir las escaleras del sótano fue una tortura. Cada peldaño de madera parecía crujir con una malicia deliberada bajo nuestros pies, anunciando nuestra presencia a quienquiera o lo quequiera que

hubiera causado el estruendo en el piso de arriba. Me movía con una lentitud exasperante, aguzando el oído, intentando captar cualquier otro sonido, cualquier indicio de lo que nos esperaba. El silencio que había seguido al golpe era casi tan aterrador como el ruido mismo. Kurt me seguía de cerca, su respiración contenida igual que la mía, su presencia un consuelo mínimo en la inmensidad de mi aprensión. Podía sentir su tensión irradiando a mi espalda.

Mi casa, el lugar que conocía como la palma de mi mano, donde cada crujido del suelo y cada sombra eran familiares, se había transformado en un territorio hostil y desconocido en cuestión de días. Cada sombra en el pasillo que conducía a la cocina parecía albergar una amenaza, cada puerta cerrada una posible emboscada. ¿Estarían mis padres bien? ¿Habrían oído el ruido? ¿O serían ellos, de alguna manera inconcebible, la causa? La idea era absurda, casi ridícula, pero en la atmósfera de paranoia que se había instalado en mi mente, ninguna posibilidad parecía del todo descartable. Mi padre, el ocultador de secretos, ¿sería capaz de algo más?

Llegamos a la planta baja. La cocina estaba vacía, tal como la había dejado horas antes, cuando la normalidad aún era una ilusión a la que podía aferrarme. Los restos del desayuno de mis padres seguían sobre la mesa -una taza de café a medio terminar, un plato con migas de tostada-, una escena de normalidad matutina que ahora resultaba casi grotesca, una burla cruel a la tensión que nos consumía. El silencio era absoluto, más pesado aún que el del sótano, un silencio que gritaba que algo andaba terriblemente mal.

-¿Mamá? ¿Papá? -llamé, mi voz sonando extrañamente débil, un hilo frágil en la quietud opresiva de la casa. Esperé, conteniendo la respiración,

anhelando una respuesta tranquilizadora, un "¿Qué pasa, Bob?" que disipara mis temores.

Ninguna respuesta. Solo el tictac del reloj de pared del salón, cada segundo una gota de plomo cayendo en un estanque de tensión, marcando el paso hacia una confrontación inevitable. El sonido familiar, que antes me resultaba reconfortante, ahora parecía contar los segundos hacia algún tipo de revelación o desastre.

Avanzamos hacia el salón, moviéndonos con la cautela de quien atraviesa un campo minado. Todo parecía en orden. Los cojines en su sitio sobre el sofá, las revistas de mi madre apiladas ordenadamente en la mesita de centro, los cuadros de paisajes que tanto le gustaban colgando rectos en las paredes. Nada fuera de lugar. Nada que explicara el estruendo que habíamos oído, esa caída violenta que aún resonaba en mis oídos.

Entonces, mi mirada se fijó en la escalera que conducía al primer piso. El sonido había venido de allí, estaba casi seguro. De la planta de arriba, donde se encontraban los dormitorios, el despacho de mi padre...

Con un gesto a Kurt, que asintió con la mandíbula apretada, empecé a subir, esta vez con aún más cautela si cabe. El corazón me golpeaba el pecho con tanta fuerza que temía que Kurt pudiera oírlo, que su eco alertara a lo que fuera que nos aguardaba. El rellano del primer piso estaba sumido en una penumbra mayor, las cortinas de las ventanas corridas, filtrando una luz grisácea y mortecina que alargaba las sombras y convertía los objetos familiares en siluetas amenazantes. La puerta del despacho de mi padre estaba cerrada. La de su dormitorio, también. La de Stacy, entornada, como siempre la dejaba cuando salía, una normalidad que en este contexto resultaba inquietante.

Y entonces lo vi.

Al final del pasillo, la puerta del cuarto de invitados, una habitación que casi nunca usábamos, que solía estar llena de cajas y trastos viejos que mi madre siempre decía que iba a organizar "algún día", estaba ligeramente abierta. Solo una rendija, no más ancha que mi mano, pero lo suficiente para que una línea de oscuridad más intensa, una negrura casi palpable, se dibujara en el suelo alfombrado del pasillo. Y desde esa rendija, ahora que el eco del estruendo se había disipado y el silencio opresivo había regresado, creí percibir algo más. Un sonido muy leve, casi imperceptible, un susurro en el umbral de la audición. Un susurro apagado, o quizás... un roce suave, rítmico, como si algo o alguien se moviera con sigilo al otro lado de esa puerta, esperando, escuchando, acechando.

Nos detuvimos en seco, a varios metros de la puerta, el aire escapándose de mis pulmones en un silbido ahogado. Kurt agarró mi brazo, sus dedos clavándose con fuerza. El miedo, que había disminuido momentáneamente con la aparente normalidad de la planta baja, volvió con una fuerza renovada, un nudo helado en el estómago que amenazaba con paralizarme. Aquel sonido, tan diferente al estruendo inicial pero no menos inquietante por su sutileza, era una invitación a un nuevo nivel de terror, una promesa de que los secretos de esta casa eran mucho más profundos y oscuros de lo que jamás hubiera imaginado. La casa guardaba más secretos de los que jamás hubiera imaginado, y parecía que, esa mañana, había decidido empezar a revelarlos de la forma más perturbadora posible, arrastrándonos a un juego del que no sabíamos las reglas ni las consecuencias.